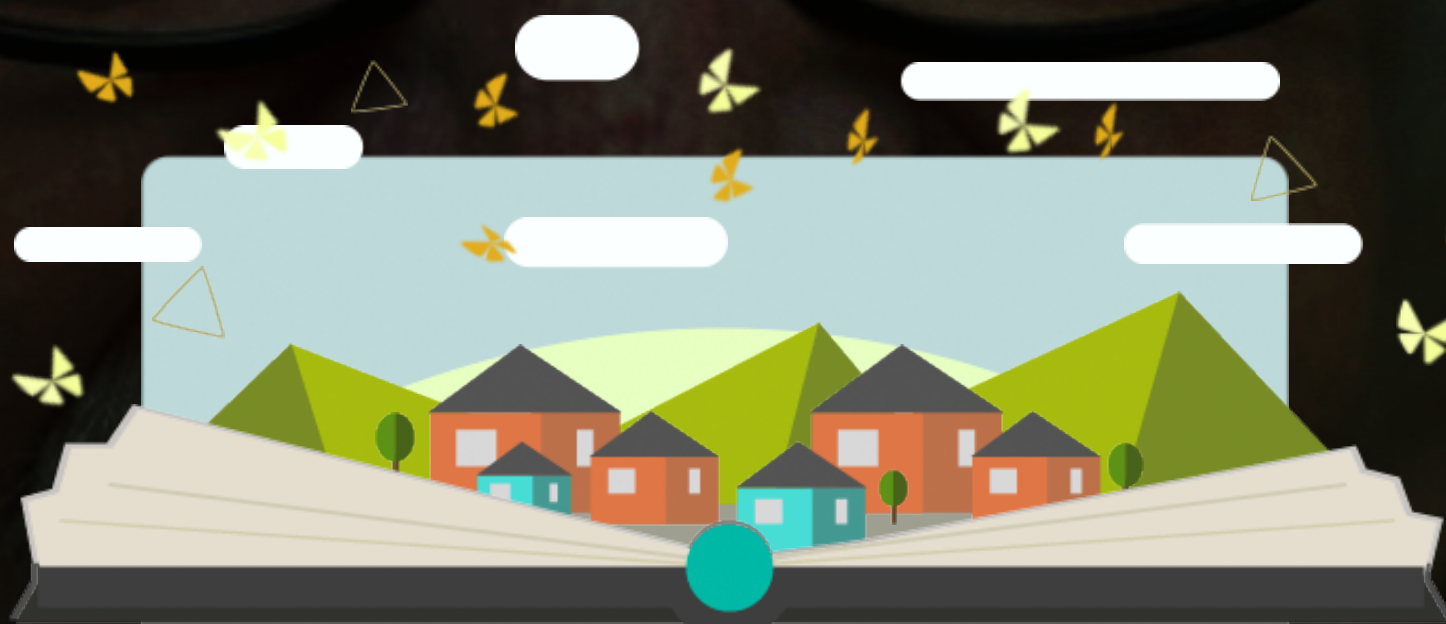


UN
REENCUENTRO CON EL
**REALISMO
MÁGICO**



BUSCANDO A

MACONDO



Yonnier Torres Rodríguez
Cuba

Biografía:

Yonnier Torres Rodríguez (Placetas, 1981). Sociólogo, Poeta y Narrador. Egresado del Centro Nacional de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso". Entre sus últimos títulos publicados se encuentran los libros de cuentos "El juego perfecto" (Sed de belleza, 2013), "Puntos de luz" (Áncoras, 2015), y las novelas "Clavar los ojos al cielo" (Editorial Mecenaz, 2012) y "Cerrar los puños" (Editorial Gente Nueva, 2015). Es miembro de la AHS y de la UNEAC. Cuentos y poemas suyos aparecen publicados en revistas, antologías y selecciones de España, Colombia, Argentina, Bolivia, Alemania y Cuba.

PRIMER LUGAR

ARENA

Cerca de las siete de la mañana el cielo pierde su azul intenso y comienza a llover arena sobre las calles de Macondo. Los vecinos de la Plaza cierran las ventanas. Los hombres arrean los bueyes, se cubren la cara con un pañuelo y bajan la vista al suelo. La lluvia es tenue. La arena arde en los ojos, pica sobre la piel y provoca unas ronchas rosadas, redondas, que se vuelven costra y sangre con el paso de los días.

El viento arrastra la arena, la arena el silencio y a media mañana solo se oye el aletear de los buitres en la cúspide del campanario, mientras esperan que el monaguillo suba las escaleras y les entregue las vísceras del buey que murió la noche anterior en los establos.

El monaguillo ha tomado la costumbre de alimentar a los buitres. Se posan cada mañana en lo alto de la Iglesia, miran hacia la escalera y no se asustan, ni siquiera cuando el padre tira de las sogas y las campanas comienzan a doblar.

-Son bichos del Diablo -dice el Padre- irás al infierno -pero el monaguillo no presta atención. Se arrodilla frente a la imagen del Cristo crucificado, reza un padrenuestro, Cristo lo comprende y el monaguillo se va al jardín.

"Pobre padrecito" piensa "siempre con esa idea del infierno, con esa tonta idea del infierno".

La mañana avanza. Los carreteros bajan hasta la zona del río. Los buitres cargan con las tripas. El Padre trata de apedrearlos cuando levantan el vuelo. Algunos niños le hacen coro, agarran las rocas más pequeñas, lanzan alto, muy alto, y una mujer entra al pueblo, pegada a la orilla de la calle, se cubre el rostro con una tela blanca, la arena se le incrusta en los pies, a ratos se detiene, mira su sombra, se cubre los ojos y vuelve a caminar.

Cuando la mujer cruza las primeras calles los niños se detienen a mirarla. Dejan de tirar piedras. Le avisan al Padre.



El Padre sacude sus manos sobre la túnica, deja los bordes de las caderas cubiertos de polvo, se coloca una mano sobre las cejas a modo de visera y solo entonces se percata de que la arena se le ha pegado al rostro.

Entra a la Iglesia, le ordena al monaguillo que llene la palangana de agua, se lava las manos, la cara y los pies. 2

La mujer espera junto a la puerta. Se quita la tela blanca del rostro, pide la bendición, un vaso de agua. El Padre se acerca para detallarla, trata de recordar esos ojos.

“Sin dudas es una mujer de Macondo” piensa “solo aquí la gente mira con tanta desolación”.

-Padrecito -dice la mujer- ¿no me recuerda?, soy la Ramona, la hija de los Santiago, la que se fue con las lluvias.

El Padre se deja caer sobre uno de los bancos de la Iglesia.

-La Ramona -dice. Le ordena al monaguillo que traiga otro vaso de agua. -Cómo has cambiado.

El chico trae una bandeja, sobre la bandeja una jarra de cristal, junto a la jarra de cristal dos vasos.

-No he cambiado Padre, soy la misma Ramona, ¿se acuerda?

-Traes las sandalias cubiertas de arena, tienes que lavarte los pies, siéntate aquí- señala uno de los extremos del banco.

- ¿Se acuerda, Padre?

El Padre se acordaba, aunque no hubiera querido, pero los recuerdos son como la arena, se incrustan en todas partes, provocan ronchas rosadas, redondas, que se convierten en costra y sangre con el paso de los años.

- ¿Por qué te fuiste?, así, de repente. Las madrecitas te iban a cuidar. Los Santiago fundaron el convento para las huérfanas, allí hubieras tenido cama, comida y fe.

-Pero yo tengo fe, padrecito.

El muchacho pone la palangana en el suelo, le extiende un trozo de jabón a la mujer.

- ¿Es usted la Rosario?

- ¡Cállate! -le grita el Padre- ¿cómo te atreves?, vete al jardín, al campanario, a dónde quieras, lárgate.

-No lo regañe, padrecito.

-Si supieras las cosas que han dicho de ti. Si supieras las cosas que han dicho de ti no hubieras regresado.

-Lo sé, padrecito, lo sé.

Algunos niños se habían quedado en la puerta, colgados del marco atisbaban la ropa de la mujer, los bordes de su vestido negro, las sandalias cubiertas de arena y el pelo rubio, muy rubio.

El padre los espanta con un gesto de la mano y le dice a la mujer que lo acompañe dentro.

-No es prudente que alguien llegue a la Iglesia y nos vea conversando.

-He vuelto para quedarme -dice la mujer-. Nada me avergüenza.

-No sabes lo que estás diciendo -dice el Padre y camina hasta la cocina -te voy a preparar un caldo de res y un jugo de tamarindo, todas las noches se muere un buey en el establo, todas las mañanas llueve arena. Macondo está maldito, hija, maldito.

La mujer se sienta a la mesa. El monaguillo les dice a varios feligreses que el Padre está acostado, que no los puede atender.

Pobre padrecito, se pasó la noche en la biblioteca, buscando en las escrituras sagradas, en los libros más viejos, hace tiempo que trata de exorcizar al



pueblo, quiere que desaparezca la arena, que vengan las lluvias y que los buitres regresen al desierto.

-Pobre padrecito- repiten los feligreses, se arrodillan frente a la imagen de Cristo y regresan a la calle, cubriéndose los ojos y el rostro.

-Hace mucho que no probaba un caldo como este -dice la Ramona- es usted buen cocinero.

-Es la práctica -responde el Padre- la costumbre, hace tiempo que en este pueblo no se come otra cosa que no sea carne de res. El único árbol que crece es el tamarindo, un árbol del Diablo, hija.

-Entonces, ¿ya no soy la culpable?

-La gente se ha olvidado. A los niños no se les habla de la lluvia, del río crecido, ni de la muerte de tus padres. Se habló de ti en el pueblo, en la cantina, en la posada, se habló mucho de ti, sobre todo los viejos, los compadres de los Santiago, que si te habían visto

en la ciudad, que si te habías cambiado el nombre, que si vivías en los barrios bajos y te paseabas por las calles, casi desnuda.

-La gente es mala, la gente no entiende, pero si se han olvidado de eso entonces puedo regresar tranquila, pagar una habitación en la posada hasta que consiga una casa donde vivir.

-No debiste haber regresado -dice el Padre. Toma el plato vacío y lo lleva hasta el fregadero. El monaguillo entra corriendo a la cocina.

-Padrecito, no encuentro a los buitres, ¿los volviste a apedrear?

-Son bichos del Diablo, hijo, bichos del Diablo.

Afuera ha dejado de llover arena. Los vecinos de la Plaza abren las ventanas. La cantina, poco a poco, se comienza a llenar.

-No puedo quedarme aquí todo el día -dice la Ramona- usted debe ocuparse de sus cosas.

-Tengo tiempo suficiente, el chico se encarga de todo, es muy listo, lástima que hayan muerto sus padres, que no lo hayan aceptado en el convento y que tenga esa manía de alimentar a los buitres.

-Voy a la posada, no tengo nada de qué avergonzarme. Mañana nos veremos en misa.

El Padre baja los ojos en un claro gesto de resignación y la acompaña hasta la puerta.

-Ponte las sandalias -le dice- ya están secas.

La mujer camina por las calles de Macondo. Es casi mediodía. Los carreteros mueven a los bueyes hasta la zona de la sombra, donde crecen los tamarindos. Los niños corren detrás de un perro y en la cantina, junto a la recepción de la posada, se produce un silencio visceral, un silencio solo comparable al que arrastra la arena cerca de las siete de la mañana.

-Quiero reservar una habitación.

- ¿Por cuánto tiempo? -pregunta la mujer mientras escudriña los ojos de la Ramona y piensa:

“Tiene que ser de Macondo, solo la gente de aquí mira con tanta desolación”.

-No lo sé, hasta que encuentre un sitio dónde vivir.

-Este no es lugar para mujeres extraviadas -dice un hombre desde el fondo -ha dejado de caer arena, pero ya sopla el viento, dentro de un rato regresará, estoy seguro que regresará-. La mayoría de los presentes mueven la cabeza hacia abajo en señal de aprobación. El hombre toma un trago largo de su jarra de cerveza y dice: -Este es un pueblo maldito, hace años que no llueve, la hija de los Santiago se llevó la lluvia.

Todos gruñen, o hacen como que gruñen. Algunos miran a la Ramona, tratan de recordar dónde la han visto antes, es de Macondo, de eso están seguros y mientras la mujer en la recepción busca una llave, afuera comienzan a caer las primeras gotas, de lo que sería, un aguacero torrencial.





José Gregorio Guerrero
Venezuela

Biografía:

José Gregorio Guerrero Ramírez nació un 25 de julio de 1972. Inició a escribir a la edad de doce años, cuando el Diario del Caribe le publica su primer cuento "Relatos del Guatapurí" la lectura se la inculcó su madre, y lo pulió el profesor Pedro Daza Mendoza en sus clases amenas de buena literatura. Columnista del diario El Pílon de Valledupar, y cronista del Espectador y del Diario Hoy del Magdalena. Ha participado en diferentes concursos literarios en Latinoamérica y Europa. Actualmente reside entre Colombia y Venezuela por cuestiones laborales. Se considera un buen colombiano que guarda una hermosa Venezuela por dentro. Está a punto de terminar de escribir su primera novela "El Ángel de Sevilla" autor de más de 60 cuentos, algunos inéditos, otros publicados en diferentes periódicos de Colombia. Escribir es su pasión; dice: "el hombre nunca olvida, simplemente aprende a vivir con los recuerdos" y son estos los que termina plasmando en el papel.

SEGUNDO LUGAR

Figuración Peláez, el hombre que olvidó morirse

Cansado de esperar la muerte a sus 102 años, Figuración Peláez decidió quitarse la vida irrevocablemente, de la manera más decente posible. Se hizo a toda la logística para que Macondo presenciara un velorio decoroso, sin nada que envidiarle a los de sus congéneres coterráneos ya idos: un féretro muy bien puesto (no quiso ataúd), de cedro cuidadosamente curado, tallado a mano, de figuras amorfas en diferentes relieves, con apliques y escudo en plata, tapizado en terciopelo morado en su interior, y con una almohada abullonada en su extremo superior para apoyar la cabeza, para allí mostrar por la ventanita el gesto de una muerte muy bien lograda; puso sobre su mesa de noche una media velada con un envoltorio en su interior, que guardaba doscientos pesos en billetes de a peso, y una hoja con un listado escrito a puño y letra del futuro difunto con los ítems de lo que haría falta para que fuese un sepelio de talla: misa oficiada por obispo, suficiente café del bueno, las flores, entre paréntesis: gardenias, musaendas, rosas rojas y blancas, y gladiolos; a parte en mayúscula sostenida: "un lote de cuarenta chivos para el novenario, tres plañideras de buen llanto y de buena estampa; y doscientas libras de pudín negro mojado en buen licor, preferiblemente amaretto" remataba la nota.

Lo único que faltaba por definir era el método a utilizar para terminar de una manera fulminante con una vida muy mal vivida; fue allí donde demandó más tiempo para la toma de la decisión. Lo consultó con la almohada varias noches y con su perro; descartó de tajo envenenarse debido a la úlcera péptica que padeció desde su desarrollo, le parecían horriblos esos dolores inclementes donde el pecho pierde su nombre;

- ahorcado, colgado de una soga ¡jamás!
- eso de morir con la lengua afuera mordida, como mofandola vida me parece un acto de desagradecimiento con ella - pensó en voz alta,
- de un tiro.... Si, perfecto, de un tiro sí. Así se ve más decente el asunto - pensó.

Se dirigió a su escaparate estacionado en una esquina de la habitación, esculcó y de allí sacó una funda blanca que



guardaba un revolver smit & Huesson calibre 38, cañón largo, niquelado, con una cacha ortopédica de carey, y una bala igual de brillante al arma; lo limpió con la misma funda, y con la misma parsimonia con que un coleccionista limpia su joya, entonces lo guardó en la gaveta de la mesa de noche junto a la bala, que tenía un orificio en el plomo, lleno de cianuro, para descartar los efectos de una mala puntería, por si el tiro no resultaba mortal,

- a ver si esta me mata, ya que el amor no pudo- expresó mirando el proyectil.

Era navidad, 24 de diciembre, el aire olía a ropa nueva y a juguetes guardados; esa fue la fecha escogida por él. El deceso sería al filo de las doce, después de cenar, para morir con tranquilidad - barriga llena corazón contento- pensó.

De sus labios floreció un rictus que serviría de cuenta regresiva a sus horas de vida.

Figuración había enviudado a los tres meses de casado y guardó su viudez como el mejor de los títulos nobiliarios que un mortal puede guardar. Se casó con Ernestina Ternera, chozna de Pilar, (la de "Gabo", la matrona de los Buendía) él vivió una vida sola, tirada a la ley del verbo, acompañado por él mismo y por un perro; en su soledad consentida llegó a descalificar a los hombres que morían rodeados de hijos

- hay que morir sin dejarle problemas a nadie- - quiero morirme como se muere mi pueblo, con el corazón lleno de fiesta- dijo en alguna ocasión.

Se vistió informal, una camisa de cuadros escoceses de tonos pálidos, de una tela muy suave y fresca; un pantalón de dril del color del cielo cuando quiere llover y no llueve; y unas botas negras de charol, que las había comprado veinte años atrás en un almacén de Caracas de propiedad de un italiano negociante. La mortaja la dejó tendida sobre la cama, era completamente blanca, para que lo vistieran después de muerto. Antes de salir a la calle a pasear las últimas horas de vida, enchufó las luces navideñas, apagó las de la casa, y en la oscuridad, a tientas, le puso agua a Capitán su perro, para que no lo viera por última vez "los perros saben, pero no saben que saben, porque si supieran que saben dominarían este mundo y el otro"- pensó-. Las calles del pueblo se veían llenas de gente nueva; eran forasteros que habían llegado para la boda del siglo en Macondo; se casaba una pareja donde al novio le tocó esperar muchos años para llevar a la novia al altar. En efecto la boda se llevó a cabo, pero el festejo público no se realizó porque a la novia misteriosamente se la tragó la ventana del baño de la casa cural y se desapareció en lo más profundo de la Ciénega Grande.

Eran las 7:45 de la noche, todas las personas se dirigían a la iglesia; las campanas invitaban al casorio,

- yo, escuché la misa desde afuera de la iglesia. Antes de que el obispo les diera la bendición decidí ir a la plaza a coger un buen puesto y ser uno de los primeros en cenar, para luego irme a quitar el poquito de vida que me quedaba. Antes de llegar a la plaza escuché a lo lejos un aplauso largo, duro, y hondo, dicen que superó los sesenta minutos; no me molesté en tomar el tiempo, solo me dediqué a disfrutar las pocas horas que me quedaban-manifestó a alguien.

Esa noche se dedicó a apreciar la noche, el brillo y el desorden de las estrellas,

- fueron tiradas en el cielo de mala gana- pensaba,

En 102 años no se había detenido a mirarlas.



Transcurridos cuarenta minutos el ambiente se enrareció, los gestos de los transeúntes habían cambiado de estado, Figuración tuvo la leve impresión que el resto de la gente esperaban lo mismo que él: las doce para morir; pero no tardó en comenzar la murmuración de lo ocurrido,

- Yo caminé hasta la ciénaga, allí encontré al hombre que ayudó a la novia a montarse a la embarcación que se la llevó, era un secreto que me llevaba a la tumba.

Me dediqué a vivir las últimas horas de vida. Nunca había sentido, ni disfrutado como rosaba la brisa de diciembre en mi piel. Me llamó poderosamente la atención los gestos de las personas, me embelesé en cada sonrisa vista; llegué a la conclusión que los ojos también saben sonreír.

- y esos, cuando ríen no mienten- se dijo a sí mismo.

Se me olvidó mirar el reloj. A lo lejos escuché música de acordeón y llegué hasta el lugar; era un patio rodeado de árboles de mangos, platanales y limoneros, eran los únicos que festejaban en Macondo, el resto del pueblo se dedicaba a buscarle la esposa al recién casado. Allí cantaron una canción que todo el tiempo oí, pero nunca me detuve a analizar su letra; al escucharla mis ojos llovieron cada palabra cantada:

*“como pasan los tiempos, y solamente queda el recuerdo
Como pasan los años y ni siquiera nos damos cuenta
Cuando el hombre vegeta no es el mismo parrandero
Y aunque tengan dinero las mujeres losdesprecian.*

Entonces pidió a los presentes un trago de ron se lo tomó sin que sus labios tocaran la copa, y bailó solo hasta el amanecer. Bien temprano, con los primeros rayos del sol se dirigió a su casa, el pueblo completo se había puesto de luto, el rostro de la gente ya no era de tragedia, sino de resignación; escuchó a un par de ancianas calentar la noticia: la novia aún no aparece,

- Ni aparecerá - pensó.

Al llegar a casa entró, desconectó las luces navideñas sin que Capitán se diera cuenta, se dirigió a la habitación, sacó el arma de la gaveta, le introdujo la bala, rectificó que quedara en el lugar exacto, montó el gatillo, y disparó, disparó al aire haciendo un grande hueco en el cielo raso; sonrió y exclamó:

- ¡Por fin maduré!





Fernando Roberto Sibón
Argentina

Biografía:

Kirchnerista, de 62 años, fue Secretario de Cultura y Educación en el municipio neuquén. Es fanático de Gabo y Cortázar, admira a Chávez, a Fidel y Raúl a Lula y Dilma, a Correa y al genio de Evo. Es latinoamericano y comparte y reivindica la lucha de la Nación Mapuche. Vive en su territorio.

TERCER LUGAR

Yo lo vi

Yo lo vi al Coronel Aureliano Buendía entrar en Macondo descalzo, sucio de sangre y barro, con unos trapos que cubrían su cuerpo, con los brazos en jarra por los golondrinos que lo atormentaban día y noche. Y lo vi al coronel Gerineldo Márquez tras Aureliano, tan andrajoso y sucio como su amigo. Los dos por la calle principal, con todas las casas cerradas, las calles desiertas y las mujeres rezando en los oscuros dormitorios, vestidas de negro ante los inminentes fusilamientos de sus hijos dilectos, Aureliano, por darles esperanzas a un país con una revolución triunfante durante años y el coronel Gerineldo Márquez por ser el mejor gobernante de Macondo en todos los tiempos de ese pueblo caliente y húmedo. Sí los vi, y que no digan que eran esperados por multitudes. Nadie aclamaba a esos reos, innecesaria la guardia de doscientos soldados que los acompañaban. También la vi, a Úrsula, vestida de negro, sola, ciega y con las últimas lágrimas que acudían a sus ojos esperando a su hijo en medio de esa polvorienta calle. Si era necesario maldeciría a esa revolución ante todos y dejaría sus huesos con las hermanas Episcopales con lo que le restaba de vida en clausura. Ya lo había hablado Úrsula con José Arcadio sentada en la sillita baja frente al castaño del fondo de la casa donde permanecía atado y en espíritu, le conto dela guerra y de la captura de Aureliano, le hablo de la furia que llevaba adentro y del fusilamiento. En un momento hasta pensó que José Arcadio lloraba tibia y calladamente, sin levantar la cabeza, más muerto que nunca y nunca tan presente.

Ese terrible momento cuando los dos reos entraron a Macondo, todos en sus casas al mismo tiempo y como si fuera una orden subliminal tacharon ese día de los almanaques, nunca más sería recordado ni el día, ni el santo, ni el dolor inmenso que arrastraban todos por perder la esperanza revolucionaria y los vientos utópicos y románticos en que habían vivido.



Al frente de esos doscientos hombres de custodia se encontraba el General Moncada, alto y atlético pero cansado y del color de la tierra. No se distinguían insignias ni grado, solo polvo pegado de días y jaspeados por alguna llovizna, igualando a todos. Se detuvo a unos diez metros cuando vio a Úrsula, su comadre. La distinguió de lejos aún con la mantilla negra que le cubría la cabeza; sabía que esperaría a Aureliano vivo y a punto de ser fusilado. Moncada dio el alto a la tropa y se bajó del caballo, acomodó sus cartucheras y sacudió un poco de polvo de sus hombros recuperando así algo de su aspecto de tanto camino.

- Perdóneme comadre vengo a cumplir una orden del Estado. Prepare una buena cena para el reo y esta noche venga al comando a cenar con él. Será su última cena y no me llore que estamos terminando esta horrible guerra con más asco y con más muertes, pero se termina de una vez y para siempre.

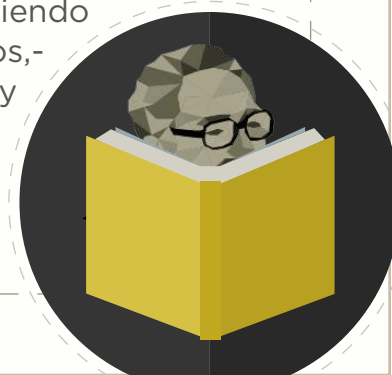
Úrsula bajo la cabeza, y sin decir palabra se retiró de la calle y dejó pasar a los custodios y los custodiados. No miró a su hijo, sabía que esa noche lo tendría para ella aunque fuese la última noche, aunque se le partiese el alma. Se fue a su cocina y comenzó a preparar carne molida y chicharrón de cerdo, aguacate y una arepa pequeña, arroz, una salsa y dos embutidos y cuando estuvo todo listo, se sentó a esperar la noche mirando por la ventana el paredón de la cárcel que asomaba por el final de la calle. La misma calle en que Melquiades arrastrara el pesado imán que atraía a su paso calderos y herramientas desde adentro de las casas y hasta desbaratando el gallinero de un vecino en un enjambre de alambres, plumas y picos y el gigante gitano que lo llevaba a los gritos anunciando esta y otras maravillas de los sabios alquimistas de Macedonia y dejando atónito a todo el pueblo.

Ese atardecer los soldados colocaron en un sombrero quien sería parte del pelotón de fusilamiento sabiendo que también sería su sentencia de muerte al que disparara contra el mítico Coronel. Úrsula llegó cuando el sol se ocultaba y dejaba un calor pegajoso en el atardecer triste de casas cerradas. Los centinelas de la puerta ya estaban avisados de la presencia de esa dama de completo luto, con susbártulos de la cena para el preso más importante de la guarnición. Ni intentaron revisar el bulto de comida; podría haber pasado un cañón de cien milímetros, pero no apareció un valiente que lo intentara. Uno de ellos la condujo a la entrada de los calabozos y le pidió que esperara un momento; el guardia entro al pasillo de barrotes y grito a los presos reclamando compostura por la entrada de una dama al recinto. Salió y abriendo la puerta de hierro hizo una inclinación de cabeza y la acompañó por un corredor de jaulas hasta la celda grande oscura y con olor a orines donde solo había una mesa y dos sillas. Le abrieron la puerta de ese rincón gris y triste. Entonces lo vio; estaba limpio, con un pantalón de tropa sin cinturón y con una camisa vieja pero impecable color arena, los ojos vidriosos y vivos, el pelo corto y peinado, recién afeitado con una media sonrisa y los brazos en jarra por los golondrinos.

- Ponte piedras calientes- le dijo Úrsula y apuró los dos pasos que los separaban para arrojarle a los brazos de su Aureliano- tenía que verte, les traje comida a ti y a Gerineldo -Se dio cuenta que era una bolsa de huesos, que tenía un profundo olor a tabaco y una fragancia a peluquería reciente.

- Estamos como queremos madre, esperando la mala hora, pero de pie y sabiendo que se hizo todo para cambiar este tormento de conservadores y sus negocios, - sus atropellos y sus ínfulas de superioridad, que no es otro que el del dinero y no hablo de monedas sino de gruesos billetes-

Úrsula bajó la voz y casi en un susurro le dijo - prométeme que cuando llegue la hora te acordarás de tu madre. Aureliano bajó la cabeza y asintió como



cuando niño, con los labios apretados y los ojos cerrados - maldita guerra infinita donde ya no pasa más nada sabiendo que los últimos años no luchamos más que por el poder, un poder de mierda entre miles de sepulturas y viudas seguido por pequeños ejércitos con más putas que soldados que no saben por qué luchan, si hasta un cura teníamos entre la tropa. No me extrañaría que la mitad de mis soldados sean conservadores - se sentaron uno frente a otro ante una pequeña mesa donde colocó dos platos y sirvió la abundante cena -

-¿y Gerineldo dónde está?, preguntó la madre.

- Supongo que en la comandancia, declarando y haciéndose cargo de sus crímenes. Según estos carniceros somos forajidos, no un ejército revolucionario -

Luego de un pequeño silencio en que su madre lo miraba con dulzura le dijo - ¿y qué podemos hacer Aureliano? ¿Cuál es el camino para desenredar este suplicio?

- Lo mismo que venimos haciendo hace más de veinte años madre, continuar luchando por lo que creemos, para no pasar más hambre y no tener que depender del humor y las miserables monedas de un terrateniente dueño de los ferrocarriles, las plantaciones de los puertos y los barcos, ni tener que vivir en el monte como animales, ser dueños de nuestro ganado y la tierra para poner comida en la mesa todos los días y poder ser libres de mirar las estrellas sin deberle nada a nadie y porque tenemos la razón y los cojones necesarios; luchar y seguir luchando hasta no quede ninguno de ellos o ninguno de nosotros. Yo dejo aquí mi osamenta pero me harán un mártir; ellos no tienen más que títeres y mandados, muertos de miedo porque unos zaparrastrosos como nosotros aparecen a cada rato en sus pesadillas y con eso ya me conformo madre - otra vez ese silencio entre los dos, sin tocar la frondosa cena en una comunión de quienes se aman, con un dolor en el pecho de esa madre que sabía que lo que decía era real aunque nunca llegaría a verlo y una furia ciega en el coronel que se había levantado y caminaba como cuando dictaba una proclama revolucionaria con la frente levantada y los pasos cortos. Tomó nuevamente asiento y cubrió la mano de su madre con la suya; una electricidad corrió por el cuerpo de Úrsula, nuevamente el silencio plácido y amoroso y poco a poco, empezaron a llorar suavemente y en silencio con una tristeza de despedida y de amor que llega hasta nuestros días.

Yo los vi, y en cada sueño los veo. Sueño Macondo, sueño calor y paredes a la cal y veo hormigas coloradas, y recuerdo que fue lo último que se llevó a toda la dinastía en el pueblo, menos al viejo atado al almendro del fondo de los Buendía.



